



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...

Ave María...(x3)

Gloria...

6ta Rosa: La Consecuencia

Con la rosa de hoy nos vamos a adentrar en la contraparte de lo que entregamos ayer. Vamos a examinar la consecuencia del pecado, el dolor que queda en el alma, pero no el que proviene del amor y la contrición, sino el del vacío que permanece en el interior cuando la tentación ha pasado, cuando el placer termina y el alma queda en una soledad aún mayor que la que sentía antes de pecar.

Esa sensación de rechazo hacia uno mismo que viene tras haber caído deliberadamente en una falta es la factura del encargo que el mal viene a cobrar. La razón es que siempre las acciones tienen una consecuencia. Si el acto es bueno, la consecuencia será positiva, pero si es malo, no podrá sino traer una consecuencia abrumadora. A esto se refería el Señor cuando afirmó que el árbol se conoce por su fruto (Cfr. Lc 6, 44).

El mal puede engañar, puede mentir, puede ocultarse o disfrazarse al momento de la tentación, pero la consecuencia que sigue al pecado no puede permanecer escondida. El resultado de nuestros actos es la vara de medir que ayuda a discernir si lo que hemos hecho estaba bien o no. Los actos buenos dejarán un fruto de paz en el alma. Esta paz no es simple tranquilidad psicológica o apaciguamiento del pensamiento, sino algo mucho más profundo, que va más allá del sentimiento de quietud. En cambio, toda obra mala deja una sensación de inquietud e intranquilidad, el alma no encuentra

sosiego y empieza a generar una sensación de repugnancia hacia uno mismo. Lejos de asemejarse a la culpa que Hospital de observamos al entregar la rosa anterior, el cargo de conciencia que surge de este vacío se da cuando no volvemos la vista al amor, sino que nos quedamos hundidos en el pecado, sin poder mirar más allá.

Quizás el pecado fue invisible y maquillado, pero la consecuencia siempre se deja ver, es la que quita el brillo de los ojos y oscurece el corazón.

El mal ya no actúa en esta consecuencia. Su función fue simplemente lanzar la piedra al agua y luego observar las ondas que se producían con cada rebote de ésta. El vacío y la amargura interior son sólo el resultado del acto cometido libremente.

Aquí no hablamos de las faltas y debilidades, sino de la consecuencia de los pecados en que ha habido plena advertencia, conocimiento de que se trataba de una ofensa a Dios y además consentimiento absoluto y consciente de querer cometerlo. Nos referimos a aquellas faltas que se nos han presentado a manera de tentación y ante las cuales hemos cedido con nuestro libre albedrío.

El momento de la decisión nos vemos impulsados por el placer y el apetito que tiende hacia aquello que se presenta atractivo, escuchamos la voz de la conciencia, pero la callamos intentando convencernos de que aquello que se nos presenta llenará nuestros vacíos. Sin embargo, una vez que hemos caído,

la desolación se vuelve más fuerte que antes, el alma se queda triste y, aunque el pecado ya no está presente, su consecuencia se puede ver y sentir.

Con la rosa de hoy, entregamos la consecuencia de nuestros pecados. Pondremos en manos de María todas aquellas ocasiones en que libre y voluntariamente nos hemos alejado de Dios, quedando así en un estado de amargura e indiferencia que nos aparta de su mano amorosa que quiere rescatarnos del error.

ORACIÓN PARA PEDIR LA SABIDURÍA

Viendo las faltas que libremente he cometido, hoy te pido, María, que me alcances del Divino Espíritu la sabiduría para conducirme por el buen camino. Que sepa discernir lo que me conviene de aquello que me aparta del sendero que me lleva al Cielo.

Por las veces que he experimentado el vacío y la amargura, frutos del pecado, quiero disfrutar de la Misericordia de Dios que viene en mi auxilio.

Enciende mi entendimiento para que distinga el mal del bien, inflama mi voluntad para que, viendo lo bueno, quiera alcanzarlo a pesar del esfuerzo que implique. Quiero tener un corazón dispuesto y la rectitud de intención necesaria para alcanzar aquello que mi Padre Dios tiene dispuesto para mí.

Descúbreme, Madre, el dolor que con mi pecado causo al Corazón de tu Hijo. Que éste sea el motor que me anime a buscarle más, a consolarle, a rechazar todo aquello que me aparte de Él.

Te pido que me ayudes a mantenerme siempre en gracia pero, si llego a caer, toma mi mano enseguida, limpia el barro con el que me he ensuciado, cúbreme con tu manto, consuela mi llanto y llévame de vuelta al camino del amor. Que ninguna falta, por grande que sea, me deje hundido en el abismo del dolor, sino que sea un impulso para volver al camino del bien y ser testimonio del amor que Dios me tiene.

Amén.